



Spanish Fort, Alabama, 4 de julio de 2025

Una nación bajo Dios

Saludos cordiales una vez más amigos, hermanos, compañeros de trabajo, familia espiritual, e hijos de Dios dispersos desde aquí en la Costa del Golfo en el sur de Alabama. Mi esposa y yo oramos y esperamos que estén bien y que su semana haya sido bendecida.

La carta de esta semana se publicará el 4 de julio. Ese día, la mayoría de los estadounidenses celebran el Día de la Independencia, una festividad que conmemora la firma de la Declaración de Independencia en 1776. Ese documento declaró formalmente la separación de las trece colonias estadounidenses de Gran Bretaña. La adopción de la Declaración marcó un momento crucial en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, y significó la intención de las colonias de convertirse en una nación independiente.

La mayoría de los que vivimos en Estados Unidos celebramos públicamente con desfiles, bandas de música, discursos patrióticos, grandes espectáculos de fuegos artificiales y barbacoas o picnics familiares. Las banderas estadounidenses, rojas, blancas y azules, ondean en negocios, hogares y la mayoría de los edificios públicos durante este día y los días anteriores y posteriores.

He vivido en varios estados de Estados Unidos a lo largo de las décadas. Y el 4 de julio aún me invaden la mente con múltiples recuerdos. Algunos de mis primeros recuerdos de la primaria incluyen cómo mis maestros me inculcaron un sentido de lealtad nacional, orgullo y patriotismo relacionado con este Día de la Independencia. En aquel entonces, nos inculcaron una genuina preocupación por nuestro país y nuestros compatriotas. A finales de los años 60 y principios de los 70, empezábamos cada día escolar con el Juramento a la Bandera y todavía recuerdo cantar el himno nacional en las reuniones escolares y en los partidos de béisbol y baloncesto. Cuando éramos jóvenes, junto con mis compañeros de

clase, tomamos conciencia de nuestra herencia nacional única y aprendimos a apreciar la libertad y las bendiciones que se han otorgado a los Estados Unidos de América.

Durante la mayor parte de mi infancia “éramos patriotas”, como dirían la mayoría de los adultos.

Recuerdo que no fue hasta casi terminar la secundaria que descubrí que algunas personas creían que el patriotismo era una forma de idolatría —poner a otro dios por encima de Dios— y, por lo tanto, un pecado.

¡Ay! Empecé a buscar diligentemente en la Palabra de Dios para responder a la pregunta: "¿Nos enseña la Biblia que está mal amar o ser devotos de nuestro país?"

Recuerdo que me quedé impactado cuando un pastor al que respetaba afirmó que existe un "patriotismo erróneo a los ojos de Dios". Décadas después, alguien me mostró un artículo suyo que afirmaba lo mismo.

Mi mente volvió a dar vueltas con varias cosas que estaba escuchando. Entonces, ¿cuál era ese patriotismo erróneo al que se refería?

Así que, esta es la lógica.

Primero, debemos reconocer que el pecado es quebrantar la ley espiritual de Dios (1 Juan 3:4). Esta ley se resume en los dos grandes mandamientos: amar a Dios primero y, segundo, amar al prójimo (Mateo 22:36-40). Entiendo.

Lo importante es que esas leyes no nos permiten amarnos a nosotros mismos tanto como a Dios. Debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas. Pero también leí que la ley nos instruye a amar a nuestro prójimo tanto como a nosotros mismos.

Como humanos, la mayoría de nosotros, sin darnos cuenta, fallamos en cumplir con la intención espiritual de la ley. ¿Por qué? Porque, bueno, los humanos somos básicamente egocéntricos. Nos guste o no admitirlo, la conciencia de la persona promedio se centra principalmente en sí misma. En el ámbito de la psicología, lo

clasificamos como "egocentrismo".

En nuestras enseñanzas y mensajes, solemos referirnos a esta falla humana común como parte de nuestra "naturaleza humana". Es simplemente la atracción subconsciente de una actitud o estado mental definido. Es la misma actitud que se convirtió en la de nuestro adversario Satanás. Es la actitud natural inculcada desde la infancia por ese ser invisible. Es la actitud de vanidad, de egocentrismo, de lujuria y avaricia. Es la actitud de hostilidad hacia los demás y de resentimiento hacia la autoridad que la domina.

En otras palabras, la naturaleza humana es esencialmente egoísta y malvada, no altruista y buena, como muchos suponen. En mis estudios de posgrado, escuché repetidamente a los instructores decir: "Los humanos son básicamente buenos, no malos".

Lo opuesto, lo que Cristo enseñó, era ser altruista y servir a los demás. El egoísmo humano básico va mucho más allá de la mera preocupación por la propia persona.

El patriotismo incluye a la familia, los amigos, los vecinos, la iglesia, el equipo deportivo favorito e incluso el país. Pero va aún más allá.

En esencia, el patriotismo se expresa en forma de lealtad a la patria, en contraposición a otros países. A menudo incluye una hostilidad automática hacia otros países, ya sea pasiva o activa. La Palabra de Dios, la Biblia, clasifica esto como una de las "obras de la carne", en contraposición al "fruto del Espíritu".

Dado que la actitud carnal normal del hombre es malvada, considera a quienes están fuera de su yo como, como ya habrán adivinado, sus enemigos. Y cuando examinamos con detenimiento el tema de la lealtad nacional o el patriotismo, a menudo vemos que el hombre es generalmente leal a su propio país o partido político —porque forman parte de su yo— en oposición a otras naciones o partidos. Y esto puede convertirse en una forma de odio hacia los demás.

Durante décadas he observado la polarización no solo dentro de nuestra nación, sino también entre estudiantes, profesores, amigos, compañeros de trabajo y, lamentablemente, incluso familiares en ocasiones.

La civilización mundial se basa en este espíritu partidista. ¿Podríamos considerar el estado actual de la política estadounidense? Por ejemplo, en vísperas de las elecciones presidenciales, políticos, abogados, jueces y medios de comunicación trabajaron diligentemente para fomentar un espíritu de guerra entre dos partidos políticos. Y no solo los dos principales partidos políticos están polarizados entre sí, sino que ni siquiera existe una verdadera unidad dentro de los propios partidos. Es tan obvio. Uno tendría que estar medio dormido para no darse cuenta.

A lo largo de las décadas, algunos de nuestros líderes han reconocido que una nación dividida no puede perdurar; y aunque algunos se han pronunciado en contra de dicha división, sus palabras han sido en gran medida ignoradas. Quienes aman la historia citarán a Theodore Roosevelt como ejemplo. Él percibió la imperiosa necesidad de un espíritu de unidad —de auténtico patriotismo— entre los ciudadanos de Estados Unidos. En su discurso de 1918, afirmó: “No puede haber americanismo al 50% en este país. Aquí solo hay espacio para el 100% de americanismo”.

Así, hoy en día no vemos un liderazgo genuino y de alto nivel, basado en la sabiduría y el buen juicio. En cambio, vemos rivalidad, odio y constantes críticas, mientras cada bando intenta lograr lo que más le conviene. Vemos "amor por mi partido y odio por el tuyo". Todo esto se camufla en frases pegadizas que suenan tan bien.

Este espíritu carnal impregna todas las facetas de la sociedad. La actitud general de los seres humanos, ya sean pasivos o activos, es obtener, ganar y adquirir para sí mismos. Lamentablemente, también implica herir, lesionar, perjudicar y quitarle a otros, ya sea un individuo, otro equipo deportivo, un partido político, una raza específica o una nación. Es un espíritu de competencia y odio. Con el tiempo, todos tendrán que admitirlo, arrepentirse y volverse a Dios, si queremos una paz verdadera y duradera.

Por eso Cristo debe regresar. El hombre simplemente no es capaz de tal cosa.

El patriotismo que ama a los suyos y odia o tiene prejuicios contra los demás es

una violación directa de la ley de Dios y, por lo tanto, un pecado.

Dicho esto, no está mal amar a la propia patria, ni siquiera amarse a uno mismo.

Pero la ley de Dios dice que está mal amarse a uno mismo más que a los demás. Dice: “*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*” (Mateo 27:39). Y luego, como leemos, aún más importante, debemos amar a Dios “*con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente*” (versículo 37). Ese amor no permite hostilidad ni odio hacia ningún pueblo, nación o hijo de Dios.

El Juramento a la Bandera, por ejemplo, expresa ese principio, incluyendo específicamente las palabras “una nación bajo Dios”.

Es evidente que nuestra lealtad es a Dios antes que a la patria.

Con estos principios en mente, podemos ver que el amor, la preocupación y la preferencia por la propia patria —sin discriminación ni prejuicio contra ninguna otra nación, pueblo o raza, pero con nuestro enfoque principal en Dios Padre y su Hijo Jesucristo— es un patriotismo verdadero.

¡Que disfruten su 4 de julio!

¡Amigos, brazos arriba! Nuestras oraciones y pensamientos están con ustedes todos los días. Por favor, oren por nosotros.



T. S. Hoefker

(Pastor principal, *Ministerios de la Iglesia de Dios*)

E-mail: tshoefker@cogministries.org / Sitio en Internet: www.cogministries.org

Teléfono en oficinas: 251-930-1797 / P.O. Box 983, Daphne, AL 36526-0983